

# Agustín Maruri presenta The Andrés Segovia Album

Maruri interpreta 32 composiciones originales  
del guitarrista de Linares

(...) Segovia no se formó con una preparación específicamente compositiva, sino que se dedicó sobre todo a la construcción de su estilo como intérprete (la técnica, el sonido, el fraseo). Su mente sistemática y su indefectible honestidad no le permitieron acometer proyectos compositivos que fuesen más allá de la pieza breve, no sintiéndose lo suficientemente capacitado para adentrarse en complejas elaboraciones formales. En segundo lugar, su actividad concertística, que había colmado sus más altas y apreciadas aspiraciones juveniles, y también sus sueños, irrumpió de forma invasiva en su existencia, obligándole muchas veces a aceptar fatigosas tournées que no sólo le robaban tiempo para componer, sino incluso para descansar o para dedicarse a su familia. Segovia se lamentó a menudo de esta situación y no es difícil comprender como el incontenible avance de su gloria como concertista, fue restringiendo progresivamente el tiempo que podía dedicar a otras actividades: amaba la lectura, y le hubiese gustado pintar y escribir, pero se veía obligado a limitar severamente estas pasiones, apremiado por una agenda de actuaciones cada vez más apretada y por las restricciones que impone una vida itinerante.

Por otro lado, el hecho de que a pesar de todos estos condicionantes, en varios periodos de su larga carrera Andrés Segovia encontrase el tiempo y las ganas para componer un cierto número de piezas —se calcula que unas cincuenta—, demuestra que para él la composición respondía a una exigencia auténtica y profundamente sentida: precisamente porque le resultaba difícil por tantos motivos eventuales, ese proceder revela que experimentaba una inquietud en su interior que no podía expresar ni a través de su inmenso arte interpretativo ni tampoco circunscribiéndose a asistir a los compositores "de verdad", al guiarles en el arduo objetivo de escribir bien para un



Edita: Emec

instrumento tan difícil como la guitarra.

La poca importancia que Segovia daba a sus composiciones se deduce de varios indicios. En primer lugar, no las incluyó nunca en sus programas de concierto ni en sus grabaciones, como queriendo evidenciar el hecho de que no consideraba sus creaciones a la altura de su arte como intérprete. Por otro lado, no se preocupó nunca de publicarlas, limitándose a ceder a veces a las presiones de los editores, que le pedían música para dar a la estampa. Tras su muerte, resultó que buena parte de su producción musical permanecía inédita y los correspondientes manuscritos dispersos con diferentes propietarios en distintas localizaciones. Los que estaban en poder de su esposa, Doña Emilia, fueron publicados en dos volúmenes por las Edizioni Musicali Bèrben de Italia; otros han aparecido en otros lugares y tenemos que admitir, en el momento de redactar estas líneas, que hay muchas probabilidades de nuevos descubrimientos. Lo provisional de esta situación ha llevado a los estudiosos a posponer la elaboración de un catálogo razonado de las composiciones de Segovia, si bien existen ya algunos elencos parciales de sus obras.

Por tanto, el CD del guitarrista Agustín Maruri no puede calificarse como una grabación integral del legado compositivo de Andrés Segovia,

aun así su programa nos ofrece una visión amplia, más que suficiente para una plena comprensión del mundo poético de quien fue ascendido a la gloria como intérprete, pero permaneció siempre en la penumbra en su faceta de autor. La característica más evidente de su estilo es la severidad: no hay concesiones al virtuosismo, a la búsqueda de efectos, todo está subordinado a un propósito expresivo noble y austero. Las composiciones de Segovia son también más meditativas que descriptivas y tienden a un intimismo más melancólico que jovial. Tienen en general un aliento melódico, pero con frecuencia se empeñan en una refinada búsqueda armónica, algo insólito en un compositor espontáneo que no había profundizado en el estudio de la armonía y el contrapunto. Se trata, probablemente, de un fenómeno de perfecta asimilación de un gusto musical al que Segovia estaba habituado como intérprete, pero en el que sin duda tuvo también que haber indagado a través del estudio y la observación. Sabemos que en la época de su matrimonio con la pianista Paquita Madriguera —intérprete de formación académica—, Segovia había decidido ampliar su conocimiento de la armonía, y el resultado de tales estudios se manifiesta en las pocas piezas que escribió a partir de ese momento, bien calibradas en su diseño formal y densas en sucesiones de acordes, aunque totalmente alejadas de la impronta escolástica. En su música se reconoce a menudo la matriz hispánica, pero no se le puede acusar de haber caído en el populismo; es más, en el fondo de algunas piezas parece percibirse el influjo benéfico de Manuel de Falla y de quien, entre todos los compositores que habían abrazado la causa de la guitarra le era más cercano en el arte y en la amistad: Manuel Ponce. (...)

(Fragmento del texto de  
Angelo Gilardino para el CD)